

MEMORIAS DE CIENFUEGOS

ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA

CAPÍTULO I

— **P**ermitidme que me presente; me llamo Bernardo Olivar, Marqués de Peñagrande, y os pido disculpas por el retraso. Con semejante diluvio los caminos han quedado intransitables. ¿Cómo os encontraréis?

—Muy bien porque imagino que pocos seres humanos de tan humilde cuna y tan escasa fortuna hayan acabado residiendo en un palacio tan fabuloso.

—¿Y cómo os tratan?

—Como al mismísimo emperador, aunque empiezo a preguntarme si en realidad soy huésped o prisionero.

—Sois huésped porque a los ojos de Su Majestad ninguno de estos cuadros, tapices, fuentes o estatuas, e incluso me atrevería a decir que el conjunto de todos ellos, valen lo que Vos. Únicamente son objetos que tal vez formen parte de la historia, mientras que Vos sois la historia misma.

—¿Por eso se me vigila a todas horas?

—No es vigilancia; es protección.

—¿Protección de qué? Ya no tengo enemigos; todos murieron, y si por casualidad alguno respirara apenas le quedarían fuerzas para levantar la espada.

—Vuestros enemigos no son de temer, puesto que habéis demostrado sobradamente saber cómo eliminarlos; lo que a Su Majestad le preocupan son «sus» enemigos, que por desgracia proliferan.

—Me esfuerzo por entenderos, pero en verdad me resulta difícil aceptar que un simple cabrero preocupe a su Alteza.

—Le preocupa, y mucho, mi estimado amigo. ¡Mucho! ¿Acaso tenéis una idea de lo que darían portugueses, ingleses, holandeses o franceses por saber lo que Vos sabéis sobre el Nuevo Mundo? ¿Quién conoce mejor sus ríos, montañas, selvas, costas, vientos, y sobre todo los «derroteros» que sirven para llegar de un lado a otro?

—¡Visto así...!

—¿Y qué otro modo hay de verlo? ¿Conocéis a alguien que haya pasado más de veinte años, icasí treinta!, recorriendo ese Nuevo Mundo de punta a punta?

—A nadie ciertamente.

—Pues ahí está la respuesta. Sois el único que tiene gran parte de ese continente en la cabeza y Su Majestad en persona me ha ordenado que recoja la información que atesoráis, y que resultará mucho más importante que todo lo que encierra este palacio, por muy Alcázar de Sevilla que sea. Sus muros seguirán aquí durante siglos, pero por desgracia vuestra memoria no.

—¿Acaso pensáis abrirme la cabeza para ver lo que guardo en ella?

—Difícil resultaría puesto que, por cuanto sé de Vos, la tenéis muy dura, pero pienso exprimiros hasta obtener la última gota de vuestra sabiduría.

—Nunca nadie me había considerado sabio. Peleón y porfiado, sí, pero nunca sabio.

—Sabio es todo aquel que sabe lo que los demás ignoran, y en lo que respecta a cuanto se encuentra en la otra orilla del océano no hay quien se os compare. En

estos momentos sois el hombre más valioso del imperio.
¿Aceptaríais colaborar?

–Si el emperador manda, obedezco.

Pese a que resultaba evidente que aquella era la respuesta que esperaba, don Bernardo Olivar sonrió satisfecho, hizo repicar una campanilla y al poco se abrió la puerta e hizo acto de presencia un hombre alto, flaco y de rostro tan cerúleo que parecía no haber visto el sol en media vida.

El Marqués de Peñagrande lo saludó con un leve gesto de cabeza al tiempo que señalaba:

–Fray Gaspar de Vinuesa dejará cumplida constancia, palabra por palabra, de cuanto tengáis a bien contarme.

El desgarrado larguirucho tomó asiento y tras extraer de una resobada cartera un grueso fajo de hojas, un tintero y una docena de afiladas plumas, carraspeó respetuosamente, con lo que al parecer pretendía dejar de manifiesto que estaba dispuesto.

Don Bernardo Olivar alzó los ojos y se santiguó como rogando ayuda a los cielos:

–Que el Señor tenga a bien iluminarnos. ¿Cómo os llamáis?

–Cienfuegos.

–¿Nombre completo?

–Cienfuegos. Nunca he tenido otro porque nunca fui bautizado, y nunca he sabido si se debe al color de mi pelo o a un simple apodo de razón desconocida.

–¿Lugar de nacimiento?

–Isla de La Gomera.

–¿Fecha?

–Supongo que sobre mil cuatrocientos setenta y seis, pero no puedo asegurarlo.

–¿Nombre de vuestros padres?

–Por lo que me contaron, mi padre debió ser un marino noruego de paso por la isla, y a mi madre siempre la llamé simplemente «madre».

–Pero algún nombre tendría.

–Lo supongo, pero era una «cabrera de barranco», hija y nieta de «cabreros de barranco», que tenemos fama de ser los únicos que nos entendemos por silbidos, y aunque soy capaz de emitir el tono por el que la llamaban, no sabría cómo explicarlo con palabras.

–¿Y a qué se debe esa rara costumbre de entenderse por silbidos en lugar de palabras?

–A que sabido es que los silbidos se transmiten mucho más lejos que la voz humana y la isla es extremadamente montañosa, con altos riscos y barrancos profundos.

–¡Curioso, vive Dios...!

–Quien no se adapta a la naturaleza no sobrevive.

–Cierto. Hábleme de su madre.

–Falleció siendo yo un muchacho y debió morir del llamado «cólico miserere» porque se retorció de dolor tocándose el estómago. La enterré detrás de la cabaña y a partir de ese día siempre estuve solo. Mi madre nunca supo leer ni escribir, y por lo tanto yo tampoco, aunque de nada me hubiera servido, ya que la mayoría de las palabras me resultaban desconocidas. Lo que sí os aseguro es que no había nadie que conociera mejor la isla o fuera capaz de lanzarse mejor por los acantilados y los riscos.

Supongo que por aquel entonces tenía algo de cabra, algo de mono y algo de cernícalo.

Fray Gaspar de Vinuesa alzó la mano como pidiendo tiempo para terminar la frase con su perfecta caligrafía y en cuanto la hubo bajado de nuevo Cienfuegos añadió:

–Me bastaban un poco de leche, algo de queso y lo que cazaba a pedradas, y al no conocer más que aquella vida en la que no tenía que depender de un lugar que pudiera considerar casa, vagabundeaba tras el ganado sin rendir cuentas más que al capataz, que subía dos veces al año a comprobar que los animales continuaban aumentando, aunque a nadie le importaban gran cosa ya que el amo se interesaba más por el tráfico de esclavos.

–¿Tráfico de esclavos...? ¿Esclavos africanos?

–Esclavos tinerfeños.

–¿Qué pretende decir con eso de esclavos tinerfeños?

–Lo que he dicho; el amo organizaba expediciones a Tenerife, que era la única isla que aún no había sido conquistada, y a los pocos días regresaba con un cargamento de hombres, mujeres y niños.

–No existe constancia oficial de dicho tráfico.

–Pues yo lo vi, y si Su Excelencia empieza a dudar de lo que digo no quiero ni imaginar lo que pensará cuando le hable de cuanto me ocurrió posteriormente.

–Mis disculpas.

–No tiene por qué darlas, pero si se ve obligado a hacerlo cada vez que le cuente algo que le parezca inverosímil corremos el peligro de morir de viejos a mitad de camino, así que sigamos con lo nuestro.

–Como gustéis.

–La única vez que bajé al pueblo un cura intentó bautizarme y una gorda bigotuda me aseguró haber sido amiga de mi madre, y por lo tanto no podía permitir que el hijo de un ser del que conservaba tan gratos recuerdos durmiera en la calle. Me metió en un barreño frotándome y enjabonándome hasta dejarme reluciente, y al poco aconteció una cosa inconcebible, ya que a pesar de que nunca había oído hablar de cristianos antropófagos, creyendo siempre que era una costumbre limitada a los salvajes, intentó devorarme, y además lo hizo comenzando por mis partes más íntimas.

–¡Dios Bendito!

–Aterrorizado di un salto a riesgo de dejarle un trozo de prepucio entre sus dientes y lanzándome por la ventana caí en una cochiguera donde a punto estuve de que un puerco acabara quedándose lo que no había conseguido comerse la gorda.

El escribano alzó de nuevo la mano, pero en esta ocasión no fue para pedir que le diera tiempo, sino para evitar que la mano le temblara por la risa.

Al marqués se le advertía ciertamente desconcertado:

–Esa mujer debería estar en la cárcel por corruptora de menores.

–En aquel tiempo, y tan ignorante como era, tan solo pensé que la pobre tenía hambre, pero lo cierto es que escapé del pueblo desnudo, apestando a estiércol y jurándome no volver a bajar, puesto que la costa se me antojaba un lugar tenebroso cuyas reglas de conducta re-

nunciaba a comprender. Durante algún tiempo mis únicos contactos fueron por silbidos, o con el capataz, que un día me anunció que el viejo amo había muerto y que a su hijo, que había desembarcado en la isla unos días antes, también le interesaban más los esclavos que las cabras. Se solían pagar doce cabras por esclavo.

—¿Quién era ese nuevo amo?

—El capitán León de Luna, Vizconde de Teguisse, que llegó con su esposa, que era una joven alemana amante de la naturaleza. Solía abandonar muy de mañana el viejo caserón, unas veces a pie y otras a caballo, y se adentraba en los valles o se perdía en los bosques, por lo que lo inevitable ocurrió un caluroso mediodía en el que por casualidad coincidimos a orillas de una laguna.

—¿Lo inevitable...? ¿Estáis insinuando que os atrevisteis a violar a una vizcondesa?

—No fue violación; fue mutuo acuerdo.

—Pero seguía siendo una vizcondesa... ¡Y casada!

—Yo no sabía que era vizcondesa, ni que estuviera casada. Apenas la entendía porque casi siempre hablaba alemán y ni siquiera sabía silbar.

—¡Bendito sea Dios! ¿Tenéis idea de lo que significa haber mantenido relaciones carnales con la esposa de un vizconde?

—¿Cómo que si la tengo? ¡Naturalmente que la tengo! Todo cuanto me ha sucedido posteriormente ha venido motivado por ello, pero os aseguro que pese a las incontables penalidades y desventuras que he sufrido no me he arrepentido ni un solo instante.

—Cometieron adulterio...

–¿Y quién no lo ha cometido alguna vez? ¿Acaso Vos no?

–No se trata de mi historia sino de la vuestra –fue la evasiva respuesta de quien sin duda se sentía incómodo por la pregunta.

–A Ingrid la habían obligado a casarse con un hombre que le doblaba la edad, bebía hasta caer redondo, se comportaba como un cerdo y disfrutaba cazando esclavas de las que abusar. Y no es que me esté justificando; no lo necesito, ya que dudo que a los marinos, cartógrafos, exploradores y adelantados que tengan que jugarse la vida adentrándose en los mares, selvas y montañas del Nuevo Mundo les interesen más mis pecados que mis conocimientos.

–Lo acepto. Prosigamos.

–Cuando el capitán regresó de una de sus expediciones, un alma caritativa le puso al corriente de lo que acontecía, por lo que aprestó sus armas, llamó a sus perros y subió a los riscos decidido a no regresar sin mi cabeza.

–Cualquier hombre decente hubiera hecho lo mismo.

–Era muy valiente, de eso no hay duda, y sus mastines unas auténticas bestias, pero allá arriba no le servían de nada. Maté dos a pedradas, el otro se despeñó solito y al vizconde tuvieron que ir a buscarlo tres días más tarde porque no era hijo ni nieto de «cabreros de barranco», y aunque le sobraban cojones, tenía vértigo.

El desgarbado alzó la mano:

–No se puede escribir «cojones» en un documento oficial.

–Escríballo, y si un censor se atreve a cambiarlo que lo cambie a su riesgo, porque mis órdenes, de boca del mismísimo emperador, son transcribir lo que nuestro invitado diga, palabra por palabra.

–¡De acuerdo! «Cojones y tenía vértigo». Podéis continuar.

–Con frecuencia me he arrepentido de haber llevado a un hombre que únicamente pretendía lavar su honor a una situación tan humillante; intento imaginar lo que debió sentir cuando comprendió que le abandonaba allí y corría a acostarme con su esposa, y por lo tanto entiendo que dedicara el resto de su vida a intentar vengarse. Pero en aquellos momentos yo era muy joven.

–La juventud suele ser una disculpa en exceso socorrida.

–Pero tiene un defecto: tan solo se puede recurrir a ella mientras aún se es joven. Y dura poco; tan poco, que a partir de ese día me vi obligado a madurar a toda prisa. Con mi honda y mi pértiga me consideraba el rey de los acantilados saltando de roca en roca y dejando atrás en diez minutos a quienes intentaran atraparme, pero a los tres días los valles, las quebradas, los riscos y los bosques se plagaron de silbidos anunciando que se pagaban diez doblones por mi cabeza.

–¿Diez doblones?

–¡Y de oro! Admito que hoy en día puede que los valga, aunque tan solo sea por los recuerdos que guardo en ella, pero por aquel tiempo se me antojó un despilfarro. No obstante, y como se trataba de mi única cabeza, decidí acceder a la petición que me había hecho Ingrid: esca-

par de la isla, viajar hasta Sevilla y esperarla a la salida de la misa de las ocho a las puertas de la catedral.

—¿Cuándo?

—Los domingos. Nos prometimos que acudiríamos a la catedral todos los domingos durante el resto de nuestras vidas, puesto que estábamos decididos a vivirlas juntos. Yo debía irme de la isla esa misma noche y ella me seguiría en cuanto tuviera oportunidad, por lo que bajé a la playa, nadé hasta uno de los barcos que estaban fondeados en la bahía y me escondí en una bodega, de la que por la mañana me sacaron a patadas y me pusieron a fregar cubiertas.

—¿No os castigaron por ser polizón?

—Bastante castigo eran las patadas, los coscorrones, el mareo y el vomitar hasta el alma. Era gente muy bruta a la que apenas entendía, y creo que tardaron en darse cuenta de que no pertenecía a su tripulación, ya que se trataba de una flotilla en la que por lo visto cambiaban de barco a los grumetes según la necesitaran en una nave o en otra. A los dos días supe que, a pesar de que Ingrid me había asegurado que todos los barcos que zarpaban de La Gomera acababan en Sevilla, aquellos navegaban en dirección contraria.

—¿Qué significa exactamente «en dirección contraria»?

—Que, por lo que siempre me habían dicho, Sevilla quedaba en el punto en que sale el sol, pero nosotros nos dirigíamos hacia donde se pone; es decir, hacia «El Océano Tenebroso» en el que nadie había osado adentrarse. Tardé otros dos días en saber que el almirante de la flota

aseguraba que la Tierra no era plana sino redonda, por lo que navegando hacia el oeste acabaríamos en el este.

—¿Navegando hacia el oeste acabarían en el este? Quiero suponer que para un muchacho de vuestra edad resultaría confuso.

—¿Confuso dice? ¡Absurdo! No entendía nada de nada, me molían a coces y estaba convencido de haberme subido a un barco de mulas capitaneado por un loco.

—Si le sirve de consuelo le confesaré que por aquel tiempo eran muchos los que pensaban que Cristóbal Colón estaba loco.

